

Domingo XXIII del Tiempo Ordinario – 05-09-21
Homilía de Monseñor Carlos Castillo
(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas es una gran alegría encontrar a todos ustedes, aquí reunidos en esta Catedral que quiere ser siempre - así como sus casas - ser la casa de todos y de todas.

Hoy día este Evangelio nos ayuda a fortalecer ciertas cosas que nuestras familias necesitan, como el Papa bien ha dicho ahora en la mañana: que es en las familias donde a veces no escuchamos el uno al otro, a veces transmitimos unas reglas sin tener consideración con las diferencias de situaciones de cada persona. Y el trajín de la vida nos ha ido haciendo que no tengamos apertura a los demás. Pero esto que pasa muchas veces en nuestras familias por la situación en la que nos encontramos, ha ido mejorando ahora que nos hemos reunido en casa a pesar de la Pandemia, y es una cosa positiva que hemos ido avanzando.

Lo mismo ocurre en nuestra Iglesia que estaba acostumbrada básicamente a doctrinar. Está bien, es una de sus tareas, pero también tiene que escuchar. Y fue Monseñor Guillermo que hace unos meses introdujo la Pastoral de la Escucha. Gracias a sus iniciativas pastorales - porque tiene mucha experiencia con las familias pobres del norte de Lima - ha traído su aporte para que nosotros aprendamos a escuchar.

Y hoy día el Evangelio de Marcos (7, 31-37) nos presenta la situación de una persona que sufre a consecuencia de ser sorda y de no poder hablar, de no poder expresarse. Y eso tiene una importancia muy grande para nosotros porque el Señor ha venido justamente para transformar la vida del mundo, pero no para transformarla de cualquier manera, sino para realizar las cosas más importantes que nos inviten y nos hagan posible ser plenamente humanos. La gran felicidad del ser humano es realizar todo el proyecto que Dios ha tenido desde el principio: hacer que el ser humano pueda ser semejante a Dios, es decir, que pueda amar a

manos llenas, gratuitamente, y para eso necesitamos escuchar a nuestro Dios que nos comunica su Palabra.

En este texto hay una serie de detalles que nos invitan a ver cómo aprendemos nosotros juntos a abrirnos, y cómo podemos ayudar a abrir a los otros a través de la evangelización, del anuncio del Evangelio.

En primer lugar, Jesús está pasando por una tierra que llamamos "cananea". Toda la zona de Israel, desde Tiro y Sidón, que es una zona pagana, todo Israel y un poco más abajo hasta cerca de Egipto se llama Canaán. Y en Canaán existía antes un pueblo que adoraba a unos dioses que se llamaban 'Baales', y a los cuales se les rendía culto porque eran - como en nuestro pueblo - dioses del campo, para poder tener profundidad de vida en esa la tierra y para poder tener recursos de vida. El pueblo de Israel llegó ahí con Abraham y con los que vinieron después, cuando el pueblo regresa también a Canaán. Y ciertamente que se adaptaron a esa vida y tuvieron muchos problemas de convivir dioses paganos o dioses cananeos con Yahveh. Y uno de los problemas de la idolatría en la historia de Israel fue ese. Sin embargo, también tenían cosas interesantes, por ejemplo, al cultivar la tierra y tener estos dioses, orientaban un poco su vida y lograban ciertos beneficios como la adoración en nuestra tierra del dios Wiracocha, que es el del fenómeno del niño.

Si los waris no hubieran aprendido a domesticar a Wiracocha y al agua, entonces no hubiera habido acueductos y todas las ciudades que había en la sierra se hubieran derrumbado. Las religiones naturales que son del campo, que se llaman por eso paganas, son religiones que, evidentemente, tienen algo de bueno (en todo lo religioso hay algo de bueno), pero también puede haber idolatría.

¿Qué pasa? Jesús tiene en cuenta esa situación, y en esa situación hay elementos que impiden a la gente ver más allá y Él quiere corregirlos. Entonces hay un caso concreto en donde estas

personas le van a pedir que imponga sus manos sobre el sordomudo.

Jesús atiende su demanda, y es muy curioso que en el modo de atender la demanda, tenga en cuenta muchas cosas que estaban ligadas a esas religiones, por ejemplo, la magia. Es bien interesante que ni Lucas ni Mateo citen este texto, porque les pareció que para el público que ellos hablaban -que ya eran creyentes o eran de origen judío - no podía ser relevante, no podía ser importante explicar. ¿Por qué? Porque el Evangelio de Marcos se escribió justamente para los paganos, para los que no saben absolutamente nada del Dios de Israel, del Dios amor, del Dios Yahveh, del Padre de Jesucristo.

Y por lo tanto, para acercarse directamente - porque pudo haber dicho simplemente: "le impongo la mano y ya vete, estás curado" como lo hace en otras ocasiones - sin embargo, aquí quiso hacer gestos que, además, son sumamente importantes porque son gestos que se usaban en el mundo pagano para resolver problemas. Cuenta que el emperador Vespasiano usaba siempre la saliva para curar. Y hay muchos casos de curanderos que hacían eso. Jesús emplea estos elementos ¿Y para qué? Para transmitirle el amor de Dios en su lenguaje. Si bien es cierto que esa gente no hablaba arameo - "Effetá" es una palabra aramea - también es cierto que el arameo se había difundido en esa zona. Lo que no se había difundido era el hebreo. En la época de Jesús ya no se habla el hebreo, solamente lo hablan los sacerdotes que leen la escritura. Es el lenguaje de la élite, el 'ya no ya' de los hebreos, que son los sacerdotes.

Y Jesús les dice entonces esta palabra unida a una serie de gestos. Primer gesto importante: separarlo de toda la gente y llevarlo a un lugar apartado. Segundo, meterle los dedos en los oídos. Tercero, con la saliva tocarle la lengua. Cuarto, mirar al cielo; quinto, suspirar; y sexto, decirle: Effetá. Estos signos probablemente en los pocos que estarían cerca, les hacía ver que era muy parecido a los curanderos que ellos tenían, de tal manera que Jesús se hizo medio curandero para que pudieran entender el amor de Dios. Pero lo más

importante es que logra no solamente impresionarlos, sino que ellos van a anunciarlo, van a decirlo a pesar de que Él les pide que no se lo digan a nadie.

Y esto es importante porque cuando hacemos algo que está a la altura del lenguaje de la gente, la gente empieza a entender al Señor. Y la labor nuestra - lo hemos comentado esta semana porque hemos estado de retiro con los diáconos – es conocer a la gente y sentir como la gente. Con los diáconos hemos comentado cómo ellos fueron enviados a parroquias durante dos años, y les hemos retrasado la ordenación dos años. ¿Para qué? Para que conozcan a la gente y sientan como la gente, para que puedan decirle cómo es el amor gratuito, generoso, y hasta podríamos decir ‘barato’ de Dios.

Había un sacerdote, el padre Francisco del Castillo, que estamos ahora trabajando en su beatificación. Cuando él pasó por el mercado El Baratillo el primer domingo de Semana Santa, se iba hacia San Lázaro, voltea, ve el mercado y le pregunta al padre que lo acompañaba: “Toda esta gente ¿Qué hace? ¿Le puedo anunciar el Evangelio?”. Y el otro padre le responde: “Predícales ahí si quieres, todavía falta media hora para la misa”. Y se fueron, y en el medio del Baratillo dijo el Padre Francisco: “Hoy día, dice el Evangelio de Mateo, que Juan anunciaba que el Reino de Dios está cerca. ¿Y qué significa? Que el Reino de Dios está ‘barato’. Entonces si está barato, es como el Baratillo, cómprenlo”.

Miren ustedes ese lenguaje. Es lo mismo que decir ‘effetá’ y hacer esos gestos, porque el Reino de Dios no puede ser anunciado sin que sea empático con la vida de la gente. No podemos optar por un lenguaje exclusivo que solamente algunos sabios saben y que no tiene nada que ver con la vida diaria de todos.

Por eso hoy día estamos muy alegres, porque en este Evangelio se nos suscita la capacidad de creer, y en este caso de un hombre que probablemente, además de enfermo, quería escuchar la Palabra, hablar y anunciar el Evangelio, se nos suscita a todos el creer en el

Señor. Y hoy día tenemos, podríamos decir, mucho paganismo en el sentido que tenemos muchos lenguajes que para todos son extraños, inclusive entre peruanos tenemos el problema de que no conocemos las lenguas originarias. Hoy es el Día de la Mujer en los pueblos originarios, y muchas veces no podemos comunicarles el Evangelio porque nosotros nos hemos quedado en el nuestro, y pensamos que nuestra lengua es la mejor de todas.

Y allí entonces, así como ellos pueden ser ignorantes muchas veces del castellano, nosotros también somos ignorantes de otras lenguas que tenemos que conocer como el quechua, el aimara, el shipibo konibo, el ashaninka. Somos un país multilingüe, multinacional, y por eso tenemos que aprender, y ese aprendizaje todavía es largo porque nosotros tenemos una tarea única que es la fundamental de la Iglesia: anunciar al Padre celestial, anunciar que el Reino de Dios está cerca. ¡Y cómo va a estar cerca si nosotros no escuchamos la Palabra y no la traducimos en todas las lenguas!

En el día de hoy, que tenemos la visita de las familias representantes de los doce decanatos de nuestra Arquidiócesis, el Papa Francisco en los sínodos de la familia y especialmente en su exhortación apostólica *Amoris laetitia*, nos está diciendo que la primera tarea de una familia es la misión de anunciar el Evangelio, y por lo tanto, comprender las diversas situaciones y lenguajes difíciles en los cuales se encuentra viviendo la familia. Tenemos mucha tarea y eso requiere, por nuestra parte, más que sólo anunciar que hay un modelo único de familia - qué es importante el modelo que mantenemos nosotros con fidelidad - pero simultáneamente, hay que comprender las situaciones para ir viendo cómo se llega a un nivel de comprensión y de amor dentro de los límites que tenemos hoy día en todo el mundo en la vida familiar, cómo comprendemos las situaciones distintas y todos pueden sentir que Jesús no los abandona a pesar de que seamos muy distintos y haya muchos problemas.

En este día recordemos que toda nuestra capacidad de amar está llamada a desarrollarse y eso no se puede hacer sin escuchar y sin

hablar. Y para eso necesitamos, como dice hoy el Papa: “superar una sordera espiritual”, porque a veces estamos encerrados en nuestras ideas y no queremos escuchar lo razonable que me puede presentar el otro, porque al no escucharlo, no lo comprendemos. Estamos ante el otro y la otra que nos dice: “tengo problemas, quiero compartir”. Invitémonos unos a otros a la actitud del Señor: a actuar, hablar, escuchar y hacer gestos que permitan que el otro nos comprenda.

Tenemos que dar gracias también a los amigos intérpretes de lengua de señas que nos hacen todos esos signos para que el anuncio del Evangelio llegue a todos sin distinción. Y hoy día vamos a rezar por ellos para que nos ayuden a salir de nosotros mismos.

Quisiera pedir a todos que también hagamos un esfuerzo por ayudar a que los jóvenes puedan vacunarse. Están yendo menos personas a las vacunaciones de los que deben ir, y por eso, alentémoslos a eso porque de lo contrario vamos a seguir contagiándonos. Ayudémonos unos a otros porque solamente con la fuerza amorosa del Señor que nos dice con delicadeza, sencillez y tranquilidad que Él está aquí para abrir la boca del mudo, para que hable y cante la lengua del mudo. Y eso es lo que queremos: que todas las personas sean libres, que todas las personas canten y vivan con alegría el amor de Dios que está para hacernos libres y no para encerrarnos en nosotros mismos.

Que Dios los bendiga y gracias por haber venido el día de hoy.